

DESAPARICIÓN DE LOS JARDINES

Ser consciente significa no estar en el tiempo

T. S. Elliot

No sé en qué momento dejó de reconocermé:
creo que en muchas ocasiones fingió saber quién era yo
cuando iba a visitarla y ya no podía levantarse del sillón que
le habían situado en mitad de la cocina, cerca de la puerta
del patio. Desde ahí, siglos antes, casi en otra vida, de pie o
yendo de un lado a otro, porque podía, porque el cuerpo es
moverse, nos vigilaba mientras corríamos detrás de aquella
perra que un día murió envenenada:

recuerdo la tarde en que llegamos después de un viaje a la
costa y fuimos de inmediato a ver al animal:

en realidad la visita era para verla a ella, pero nosotros éra-
mos niños y sabíamos que después de un breve momento
de saludos y corrección, iríamos al patio a buscarla:

Dalila, la perra, llegó años antes en una caja de cartón. La
trajo el hermano menor de mi madre para que le hicie-
ra compañía a la abuela, que vivía sola desde hacía tanto
tiempo.

Ahora tengo la sensación de que siempre ha vivido sola, de
que nunca hubo para ella una compañía posible.

Fuimos felices desde que la vimos asomar la cabeza, y su
muerte, cuando no parecía aún tan vieja, nos rompió el
corazón porque en la infancia uno nunca piensa que lo que
ama ha de desaparecer un día.

La perra desapareció:

no vimos su rastro ni la estela de sangre que, dijo la abuela, echó por el hocico en el último respiro. El hermano menor de nuestra madre se la llevó, ya muerta, y no supimos qué hizo con ella. Nos habría gustado enterrarla ahí mismo entre las sombras frutales tener una certeza sobre el lugar donde había quedado su resto.

Dijeron que cerca del cuerpo había una rata de proporciones bíblicas, mordido el cuerpo, destrozado, y que era probable que la muerte estuviera dada por la afectación de algún veneno que pasó de la sangre del roedor a la sangre de la Dalila.

De ella recuerdo el olor mojado de los animales ambarina la mirada de la confianza la pereza mayor de los días de la canícula

la memoria de una incompleta felicidad.

A veces, cuando la abuela ya se pasaba los días sentada en el sillón cerca de la puerta del patio, donde alguna frescura llegaba de los árboles y la tierra recién regada, yo percibía en ella un vistazo hacia la sombra rayada de las palmas buscando a la perra como si no recordara que habían pasado décadas desde que murió.

Por eso creo que a veces fingía reconocerme:

yo llegaba diciendo:

¿Cómo estás, abuela?;

más por costumbre que por un intento de identificación, y ella sabía ya que yo era uno de los nietos,

quizá en ese momento descubría que tenía nietos, y me miraba con un disimulo descuidado para tratar de

encontrarme una semejanza un origen un parentesco que
pudiera remitirle a mi nombre

que no lograba encontrar

entonces me decía:

Querido, ¿cómo estás, por qué no has venido a verme?;
pero yo había estado ahí el día anterior, y la abuela ya no
lo recordaba.

El tiempo, las edades, le robaron el orden de la memoria:
no es que hubiera olvidado las cosas de su pasado, no era
una blancura lo que le surcaba los pensamientos, más bien
creo que se le había desordenado el mundo y que deambu-
laba en una especie de marisma temporal donde todo lo
vivido sucedía simultáneamente:

Hoy me llamaron de la licorería, dicen que el balance
de las cuentas no les sale y que la muchacha que acaban de
contratar no hace nada bien, quieren que vuelva, dicen que
me jubilé muy pronto, pero yo no puedo porque acaba de
nacer tu madre y es muy difícil cuidar a cuatro hijos cuando
a una la deja el marido y la madre se le ha muerto; mira
cómo me tienen los zancudos, no ha parado de llover; ayer
mi padre me dijo que nos llevará a Yucatán, pero yo creo
que no vamos a ir porque ya se murió;

¿Quién se murió, abuela?;

La perra, hijo, se comió una rata envenenada y se murió
de tristeza porque tu tío se fue a Tijuana y yo me quedé
sola; yo también ya me voy a morir, pero el viaje a Yucatán
fue muy bonito, hubieras visto el cielo, ¿te acuerdas?; el
licenciado nos dijo que vamos a perder la casa por el fraude
que hizo tu abuelo cuando se fue con aquella mujer; a ver
si con ella sí puede tener hijos, ya ves que conmigo no

pudo, por eso volvió, porque mi padre decía que esto es un cuarto oscuro y que nunca vemos nada; entonces un gesto que lo desconoce todo se le hacía en los ojos y me miraba intentando reconocermé y se avergonzaba de no saber con quién estaba hablando y me decía:

¿Qué se le ofrece?;

y todo volvía a empezar

o todo se mantenía en un continuo bucle, un túnel sin entrada ni salida

una hidra donde todas las cabezas se muerden
entre sí

garganta garras corazón.

Es difícil intuir cómo es posible que tanta información perviviera en su cabeza entrecruzándose de manera que su presente se ejercía como un mar opaco, un ojo de huracán desde donde ella podía verlo todo al mismo tiempo, sin sucesiones, sin causas ni efectos, sin que una ausencia condicionara las manifestaciones de otra presencia ya imposible entre nosotros.

Nunca supo, por ejemplo, que mi madre murió en agosto: a veces me decía que recién fue a visitarla que la estaba esperando que discutieron y que tenían semanas sin hablarse que yo le explicara cómo estaba y qué hacía.

Durante un tiempo, la hermana de mi madre se empeñó en decirle a la abuela que la hija mayor había muerto:

una vez estuve ahí, frente a la crueldad de la hija:

aparecí por la casa y fui a abrazar a la abuela, que no me reconoció:

la tía estaba de pie a nuestro lado y le explicó que yo era el hijo de mi madre y ella se alegró y me preguntó por su hija,

la tía, a gritos como si estuviera sorda, riéndose como si no hablara del dolor, le contó que mi madre había muerto, que cómo era posible que no lo recordara:

se le hundieron los ojos y la boca

se le desapareció el semblante

creo que más que dolor sintió una vergüenza infantil, que en ese momento sus recuerdos presentes eran los de una niña que ha olvidado lo más importante, y estiró los brazos hacia mí y se echó a llorar como si no tuviera permiso para hacerlo

ocultando el rostro de la reprobación de la hija.

Luego descubrimos que la hermana de mi madre sometió a la abuela a aquella tiranía durante meses:

en determinadas horas, aunque no hubiese preguntado por nadie, la hija que le quedaba le hacía saber la noticia, siempre nueva para ella, de la muerte de mi madre. La abuela, que resentía las novedades como una ruptura de su condición, regresaba a este mundo nuestro donde encontraba la precariedad de lo ajeno.

La muerte la traía a este presente.

Todas las muertes son este presente.

Todas las muertes siguen ocurriendo hoy.

Durante esos meses, a la abuela se le moría, a diario, la primera hija.

La hermana menor de mi madre se había mudado a la vieja casa en el centro de la ciudad, donde todos crecimos, porque asumió que era ella quien debía prodigarle atenciones a la madre envejecida después de la muerte de la hermana mayor.

Ciertamente, la abuela necesitaba cuidados.

Un día, cuando nuestra madre fue a visitarla, atravesó la sala y el pasillo al aire libre, lleno de plantas que hacían sonar lo torrencial de la lluvia en los meses de la temporada, y la encontró a la abuela tirada en el suelo apenas afuera de la habitación casi inconsciente:

tras ella un camino de sangre arrastrada la llevó a descubrir un objeto de cristal roto, causa de la herida en la pierna, allá en la cocina desde donde la abuela, después de caer, se arrastró intentando llegar a alguien.

Ahora pienso en lo que nuestra madre sintió en aquel momento y en lo que nosotros sentimos cuando ella murió:

la invisible caída

la sangre arrastrada

el fin de lo vivo.

Creo que a veces es la muerte la que nos hace miembros de la misma familia.

Ciertas formas de la muerte.

O específicas muertes con nombre y apellido.

A partir de entonces, a pesar de las constantes negativas de la abuela azuzada por la hija menor, se contrató a alguien que la acompañara siempre, y empezó a pasar casi todo el día en el sillón junto a la puerta del patio. La presencia lenta del tiempo se fue enredando en ella hasta que todo perdió su precisa consciencia.

Tal vez la caída, más allá del deterioro físico, algo tuvo que ver con el inicio del caos memorioso:

el arrastrarse por el paso central de la casa como por el tiempo, la imposibilidad de pedir ayuda, un sentirse por completo sola y vieja entre el matorral de las edades.

Del sillón en el borde del patio pasó a la silla de ruedas: